

EL ALBA

Vol. 32 No. 2

Marzo - Abril 2017

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinegung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

En los pasos del Cordero 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

La fuente de todo amor 17

Misericordia y gracia de Dios 20

Permanecer en el amor
de Dios 23

El Amor de Dios Restaura 26

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

Orden y Disciplina en la Nueva
Creacion Parte XXI 29

The Dawn – SPANISH Edition

MARCH – APRIL 2017

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

En los pasos del Cordero

“Éstos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Éstos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero.”
Apocalipsis 14:4

EL “CORDERO” es uno de los títulos simbólicos que las Escrituras aplican a Jesús. En Apocalipsis 5:6 Juan describe la visión del trono de Dios y dice “que en medio del trono... estaba en pie un Cordero como inmolado.” Aquí se revela la lección que se desprende del simbolismo del cordero: es un “cordero como inmolado”, que denota un sacrificio total y completo, hasta la muerte. Si bien ésta es la primera referencia al Cordero en el Libro del Apocalipsis, este símbolo de sacrificio en relación con el resultado del plan de Dios es prominente a través de la Biblia.

Dios dijo a Adán y Eva que si transgredían su ley morirían: “El día que de él comieres, ciertamente morirás.” (Gén. 2:17) Así, al comer del fruto prohibido, se les condenó a muerte. También dijo a la serpiente que la simiente de Eva (Gén. 3:14-15) “te herirá en la cabeza.” Esta declaración, aun en velado lenguaje simbólico, implicaba que de alguna forma, aún no revelada, se erradicarían los resultados de la victoria de Satanás sobre nuestros primeros padres.

Más tarde los dos hijos de Adán y Eva trajeron ofrendas al Señor. La de Caín consistió en el fruto de la tierra mientras que Abel ofreció los primogénitos de sus ovejas, corderos (Gén. 4:2-5). Leemos en Hebreos 11:4 que “por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín.” Por la fe de Abel en ofrecer este más excelente sacrificio, debe haberle revelado el Señor de alguna forma qué tipo de ofrenda le sería aceptable.

Es dudoso que Abel entendiera por qué la ofrenda de un cordero sería agradable al Señor; sin embargo, a la luz del plan de Dios desarrollado a lo largo del resto de la Palabra de Dios, ahora podemos entenderlo. Nuestros primeros padres pecaron y fueron condenados a muerte. Esa condena pasó a su descendencia, porque toda persona iba a nacer en el pecado. Sin embargo, Dios había hecho una declaración que implicaba que de alguna forma el pecado debía remitirse, que resultaría en una liberación de la sentencia de muerte. Por lo tanto, muy pronto en el desarrollo de su plan Dios comenzó a revelar, utilizando el símbolo del cordero, que “sin derramamiento de sangre no se hace remisión.” —Heb. 9:22

BENDICIONES PROMETIDAS PARA TODOS

Unos dos mil años más tarde en la experiencia humana, el simbolismo del cordero llama de nuevo nuestra atención, esta vez en relación con el trato de Dios con Abrahán. Dios prometió a este fiel patriarca que a través de su “simiente” serían benditas todas las familias de la tierra. (Gén. 12:3) La fe de Abrahán se puso a prueba en la espera del nacimiento de esta simiente prometida. No entendió que la simiente de la

que hablaba Dios en su promesa era Cristo. —Gal. 3:8 y 16

Después de muchos años de espera les nació Isaac a Abrahán y Sara. Según su entendimiento Isaac fue la simiente de la promesa. Sin embargo, cuando este hijo amado llegó a la madurez, Dios le pidió a Abrahán que se lo ofreciera en holocausto. (Gén. 22:1-19). Abrahán había desarrollado una gran fe en Dios y en sus promesas y creía que si lo ofrecía en sacrificio, Dios lo levantaría de entre los muertos para cumplir su promesa de bendecir a través de él a todas las familias de la tierra. (Heb. 11:17-19) Por tanto, Abrahán procedió a cumplir con la solicitud de Dios.

En consecuencia, vemos a Isaac tumbado en un altar para ser sacrificado y a Abrahán con un cuchillo en alto para sacrificarlo. Aquí se nos informa de una verdad importante en relación con el plan de Dios: antes de poder bendecir a todas las familias de la tierra a través de la descendencia de Abrahán, un amoroso Padre debe renunciar a su Hijo en sacrificio. A medida que las Escrituras continúan desarrollando el plan de Dios para la salvación del mundo, aprendemos que el padre que da a su hijo en sacrificio es nuestro amoroso Padre Celestial, que ha dado a su “Hijo unigénito” para la redención y la salvación del mundo. (Juan 3:16) Se proveyó un carnero, o cordero, como sustituto de Isaac, que representaba a Dios que proveía a su amado Hijo como Cordero, y por medio de su sacrificio bendeciría a toda la humanidad.

LIBERACIÓN DE EGIPTO

Siglos después de la época de Abrahán, sus descendientes eran esclavos del faraón de Egipto y Dios les envió a Moisés para liberarlos. Faraón, que en esta situación bien podía representar a Satanás, el Diabolo, no estaba dispuesto a liberar a los hebreos de la esclavitud. Se infligieron varias plagas a Faraón y a su pueblo, siendo la última la muerte de los primogénitos. Algunas de ellas también cayeron sobre los israelitas.

Dios dio instrucciones a Moisés y Aarón en cuanto a cómo el pueblo de Abrahán podía salvar a sus primogénitos de la muerte. Cada familia debía matar un cordero y rociar con su sangre las jambas y los dinteles de sus casas; durante la noche debía comerse el cordero. Bajo la protección de la sangre rociada se salvaron de la muerte los primogénitos de los hebreos y al día siguiente todos los israelitas fueron liberados de la esclavitud de Egipto. (Ex 12:1-13, 28-42 y 50-51) Una vez más, el simbolismo del Cordero inmolado llama drásticamente nuestra atención.

Observamos que la sangre del cordero trajo la salvación a los primogénitos de Israel. En Hebreos 12:23 el apóstol Pablo habla de la “congregación (iglesia) de los primogénitos”. Las Escrituras revelan también que, tras la salvación de la iglesia de los primogénitos durante la época actual, toda la humanidad será liberada de la esclavitud del pecado y de la muerte; lo cual es posible a través del cordero inmolado y se ilustra por la liberación de Israel de la mano de Faraón.

“AL MATADERO”

Las profecías del Antiguo Testamento también se refieren al Cordero inmolado. En Isaías leemos:

“Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro.” (Isa. 52:10) El “brazo” del Señor es Jesús exaltado en Su gloria real, la simiente a través de la cual todas las familias de la tierra serán bendecidas. ¡Qué tranquilizador que a través de él “todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro!”

Sin embargo, en el siguiente capítulo Isaías pregunta: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?” En lugar del brazo de Dios que se revela a todas las naciones, como había visto Isaías en su visión profética previa, ahora ve a Cristo “sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.” —Isa. 53:1-3

Isaías continúa la descripción profética del rechazo al cual Jesús fue sometido por el pueblo y de las crueles persecuciones infligidas sobre él. En el versículo 7 leemos: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.” Así, el que estaba destinado en el Plan de Dios a traer la redención y la liberación a “todos los confines de la tierra” primero se convirtió en el Cordero inmolado.

EL CORDERO IDENTIFICADO

Juan el Bautista identificó el Cordero predicho en el Antiguo Testamento. Al ver acercarse a Jesús dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del

mundo.” (Juan 1:29) Hablando bajo la inspiración del Espíritu Santo, Juan pudo no haber entendido la importancia completa de sus declaraciones. Para nosotros, sin embargo, está claro que estaba hablando de quien era el antitipo del cordero que Abel ofreció a Dios. También fue el cordero prefigurado provisto por Dios como sustituto de Isaac sobre el altar del sacrificio. Aquí es el tipificado por el cordero sacrificado de la Pascua de Israel y el predicho por Isaías como el “cordero al matadero”, el verdadero Cordero, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.”

En corroboración con el testimonio de Juan, el apóstol Pablo se refiere a Jesús como “nuestra Pascua”, que lo identifica como el cordero antitípico de la Pascua de Israel (1 Cor. 5:7) y Pedro también confirmó esta misma verdad al escribir: “Sabiedo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación: ya destinado desde antes de la fundación del mundo.” —1 Ped. 1:18-20

Así, el simbolismo del Cordero se traza a través del Antiguo y Nuevo Testamento, encontrando su punto culminante en el Libro del Apocalipsis. En esta visión, Juan ve el “Cordero como inmolado” como el que se encontró digno de “abrir el libro” sellado “en la mano derecha del que estaba sentado en el trono.” (Apoc. 5:1-7). Más tarde, ve al Cordero en el “Monte Sión” y el momento de “las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado” y, por último, “un río limpio de agua de vida,

resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.” —Apoc. 14:1; 19:7; 22:1

EL CORDERO EXALTADO

Asociada con muchas referencias bíblicas al Cordero inmolado hay otra línea de testimonio profético bastante diferente en carácter. Pedro resume este testimonio adicional diciendo que el Espíritu Santo, por boca de los profetas, “anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos.” (1 Ped. 1:11). Muchas de las profecías de los sufrimientos de Cristo, mostradas en parte por el simbolismo del Cordero inmolado, revelan también las maravillosas promesas de la exaltación y la gloria del Cordero que seguiría a su sufrimiento y muerte.

Una maravillosa descripción de esta gloria prometida se presenta en los versículos siguientes a los anteriormente citados de Apocalipsis, capítulo 5. En esta representación posterior Juan escribe: “Y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono: ... y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo y en la tierra, ... y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.” —vv. 11-13.

Lo cual está en consonancia con que en el capítulo catorce, como se señaló anteriormente, nos encontramos al Cordero de pie sobre el monte Sión. Después de haber sido recompensado con “la gloria que

debería seguir”, ahora está altamente exaltado. Se ha sugerido que en el reino animal cuando se deja a las ovejas y a las cabras deambular libremente invariablemente las cabras trepan a las cimas de las colinas mientras que las ovejas normalmente buscan los valles y los lugares bajos. Para Juan debe haber sido bastante inusual haber visto al Cordero en el monte Sión.

Esto saca a la luz una verdad vital acerca de Jesús, el Cordero de Dios. No alcanzó su elevada posición en el monte Sión por medio de su propia exaltación. Al ser semejante a una oveja, había buscado los lugares bajos. Jesús se humilló a sí mismo y, por ello, su Padre Celestial lo exaltó. Pablo llama la atención sobre ello: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no meditó una usurpación para ser igual a Dios, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” —Fil. 2:5-11, *Diaglotón Enfático de Wilson*.

En Hebreos 12, se nos da otro ejemplo de la humildad de Jesús, que dio lugar a su exaltación por Dios. Aquí Pablo nos exhorta a mirar a Jesús como guía en nuestros propios esfuerzos para ser agradable al Padre Celestial. Leemos: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante

de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar en sus mentes. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado.” —vv. 2-4

“CONTRADICCIÓN DE PECADORES”

Jesús soportó una contradicción casi constante de los pecadores desde el comienzo de su ministerio hasta el final, cuando en la cruz exclamó: “Consumado es.” (Juan 19:30) Esta contradicción fue tanto en cosas pequeñas como en asuntos de gran importancia, incluso se contradicen las grandes verdades concernientes a su vida: Él era el Hijo de Dios, pero esto fue contradictorio; vino a la tierra para ser el Mesías y el rey de Israel, pero esto también fue contradictorio. De hecho, fue la contradicción de estos hechos vitales con respecto a Jesús lo que condujo a su crucifixión.

Al ser bautizado Jesús se oyó decir a su Padre Celestial: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.” (Mat. 3:17) Cuarenta días después, en el desierto, Jesús fue confrontado por Satanás. El diablo lo llevó en visión a la santa ciudad, le puso sobre el pináculo del templo y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: a sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán para que no troieces con tu pie en piedra.” —Mat. 4:5-6.

Jesús venció la tentación replicando: “Escrito está...: No tentarás al Señor tu Dios.” (v. 7) Cuarenta días antes el Padre Celestial le había dado la certeza de

su filiación y tenía plena confianza en el hecho de que era el Unigénito de Dios. Sabía que habría sido incorrecto hacer cualquier cosa en el camino de la búsqueda de confirmación adicional, especialmente una cosa tan tonta como saltar desde el pináculo del templo.

Satanás también lo tentó en relación con su realeza. Leemos: “Le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos; y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares.” (vv. 8 y 9) Jesús sabía que en el debido tiempo del Padre asumiría la gobernación de los reinos de este mundo y no propuso entrar en esta herencia en los términos del diablo, y respondió: “Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.” —v. 10

Santiago escribió que si resistimos al diablo huirá de nosotros. (Santiago 4:7) Sin embargo, no hay ninguna garantía de que no vaya a intentarlo de nuevo, y lo hizo con Jesús. Estas tentaciones de Satanás sentaron las bases para gran parte de la “contradicción de pecadores” contra el Maestro. El adversario estaba siempre alerta para continuar la campaña, particularmente hacia el final del ministerio de Jesús.

Cuando la multitud llegó de Jerusalén a Getsemaní para arrestar a Jesús, les dijo a los líderes religiosos: “Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas ésta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas.” (Lucas 22:53) Anteriormente, Jesús había dicho que estos hipócritas religiosos eran de su “padre el diablo.” (Juan 8:44) Satanás es el príncipe de las tinieblas y la observación de Jesús, “ésta es vuestra hora”, implica que a Satanás se le permitiría entonces hacer lo que quisiese

con Jesús. Con esto en mente observemos algunos detalles de lo que ocurrió en estas últimas horas de la vida terrenal de Jesús, porque al llevarle como cordero al matadero nos encontramos con el clímax de la contradicción de los pecadores contra él.

FILIACIÓN Y REALEZA RECHAZADOS

Jesús fue arrestado y llevado a la casa del sumo sacerdote, donde fue torturado y humillado hasta la mañana siguiente. Luego se le condujo al concilio de los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas donde le preguntaron todos: “¿Luego eres tú el Hijo de Dios?” (Lucas 22:66 y 70). A lo que Jesús respondió: “Vosotros decís que lo soy.” Para sus perseguidores esto era una confesión, pues dijeron: “¿Qué más testimonio necesitamos? Porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca.” —vv. 70 y 71

El punto aquí es que Jesús sí era en realidad el Hijo de Dios. Por lo tanto, reconocer este hecho no era blasfemia. Sus perseguidores, sin embargo, no lo creían y, por tanto, su acusación de blasfemia era parte de la contradicción de los pecadores. El mismo genio satánico que tres años y medio antes había dicho a Jesús que probara “si eres Hijo de Dios” echándose desde el pináculo del templo, aparentemente aparecía ahora victoriosa. Jesús no había demostrado a los líderes judíos que era el Hijo de Dios, y ahora se le juzgaba digno de muerte por blasfemia.

Sin embargo, los líderes religiosos de Israel no tenían autoridad para dar muerte a nadie, sólo el gobierno romano podía hacerlo; así que se le llevó ante Pilato, el gobernador, donde se le acusó de proclamarse

rey. Si fuera cierto, podría interpretarse como una insurrección contra Roma. Pilato preguntó a Jesús: “¿Luego eres tú rey?” Jesús respondió: “Para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad.” —Juan 18:37

Después de esto, Jesús fue azotado, se le colocó una corona de espinas sobre la cabeza, se le puso una túnica púrpura y le aclamaron: “¡Salve, rey de los judíos!” (Juan 19:1-3) Más tarde Pilato escribió “un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS” (v. 19). Jesús era el Rey de los judíos y estaba destinado a ser rey del mundo entero, el “Rey de reyes” (Apoc. 17:14) Pero en estos momentos, todo lo que decían sobre su realeza sus enemigos era sólo una manifestación más de la contradicción de los pecadores. Jesús se negó a inclinarse y adorar a Satanás con el fin de convertirse en rey sobre las naciones, y ahora era condenado a muerte porque, con razón, así se proclamaba.

Los que veían a Jesús crucificado le decían: “Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.” (Mat. 27:40) Esto fue el mismo desafío que le lanzó Satanás al pedirle que saltara del pináculo del templo y probar así su filiación. Jesús se negó a tentar a su Padre Celestial entonces, pero ahora se le daba una última oportunidad. Bajando de la cruz probaría que era el Hijo de Dios y absteniéndose de hacerlo su afirmación se interpretaría como falsa, otra manifestación de la contradicción de los pecadores.

Los espectadores también gritaban: “A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar. Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él.” (v.

42) Una vez más Jesús negó reivindicarse ante los ojos de sus enemigos, escogiendo antes ser la contradicción de los pecadores. Poco sabían sus enemigos que al negarse a salvarse a sí mismo estaba proporcionando la salvación para ellos y para “todos las familias de la tierra.” (Hechos 3:25) Así, Jesús permitió que lo condujeran como “cordero al matadero”, sin abrir la boca en defensa propia o tratar de justificarse de otro modo ante sus enemigos. Tras su resurrección, el Padre Celestial lo exaltó sobremanera; Jesús se humilló a sí mismo y ahora nos encontramos al Cordero simbólico en el monte Sión.

TRAS EL CORDERO

Aquí la narración se convierte en vital interés para nosotros. Juan afirma que en el Monte Sión con el Cordero hay “ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y de su Padre escrito en la frente.” (Apoc. 14:1). Nuestro texto de apertura de que éstos que están en el Monte Sión con el Cordero son los que siguen al Cordero por dondequiera que va, un camino que en última instancia conducirá al Monte Sión. No hay ninguna otra manera de alcanzar esta posición exaltada y estar con el Cordero excepto seguirlo. Seguir un liderazgo humano no es el camino para alcanzar el monte de Sión; la confianza en nuestra carne caída tampoco servirá para llevarnos al monte de Sión. Sólo hay una manera de llegar a esta posición exaltada y consiste en “seguir al Cordero por dondequiera que va.”

¿Cuál es ese “camino” por el que anduvo tan fielmente el Cordero alcanzando así el Monte Sión? Era el camino de la humillación, del sufrimiento y,

finalmente, de la muerte; era un camino en el que la contradicción de los pecadores fue lanzada continuamente contra él; era un camino en el que, como cordero, no abrió la boca para defenderse y que permitía voluntariamente que otros pensarán que estaba equivocado—tan equivocado como para considerarle como un enemigo que debe ser condenado a muerte.

¿Podemos caminar del mismo modo y lo estamos haciendo? Es poco probable que alguna vez se nos contradiga en cuestiones tan importantes como las de Jesús. Sin embargo, el principio es el mismo, incluso si las cosas en las que estamos en contradicción parecen a menudo insignificantes. Uno de los deseos más fuertes del corazón y de la mente humanos es contar con la buena voluntad y la aceptación de los demás; incluso en la discusión de detalles menores de las Escrituras nos gusta demostrar que tenemos razón. Tener la “última palabra” es, por lo general, muy importante para la carne. Tal, sin embargo, no fue la disposición del Cordero.

Comparémonos con Jesús en esta línea. A veces podríamos sentir ganas de hacer algo dramático para demostrar que somos especiales a los ojos de Dios. ¡Cuánto más aceptable es, sin embargo, que sigamos en silencio haciendo la voluntad del Señor día a día, inadvertidos por quienes nos rodean! (1 Cor. 1:27-31; 1 Pedro 3:4) Dios puede usar de pequeñas cosas para probarnos a lo largo de esta línea; está bien, entonces, examinar los pensamientos más íntimos de nuestro corazón para asegurarnos de estar sometidos humildemente a cualquier contradicción de pecadores

que puedan venir a nosotros como consecuencia de nuestro caminar mientras “seguimos al Cordero”.

Pedro nos dio la idea correcta al escribir: “¿Qué gloria es, si pecando vosotros sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto es ciertamente aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente.” —1 Ped. 2:20-23

Continuemos humillándonos bajo la poderosa mano de Dios, siguiendo al Cordero en el camino del sacrificio y de la muerte. De este modo, y al continuar soportando la contradicción de pecadores con paciencia y victoriosamente hasta la muerte, el Padre Celestial nos exaltará a su debido tiempo. (1 Pedro 5:6) Entonces, estaremos con el Cordero como parte de los “ciento cuarenta y cuatro mil” hijos de Dios que tienen su nombre “escrito en la frente”. Cuando el reino sea del Señor seremos, con el Cordero, “salvadores” en el monte de Sión y gobernaremos con justicia para bendición de toda la humanidad (Abd. 21). ¡Qué gloriosa perspectiva espera a aquellos que fielmente “siguen al Cordero!”

La fuente de todo amor

Versículo Clave: EL NUEVO testamento fue escrito en griego y hay dos grupos diferentes de palabras que se han traducido como “amor” en inglés en la Biblia del Rey Jacobo. La palabra *phileo* describe un amor asociado con apego personal, tales como el de la familia o el de los amigos, dado por un sentimiento de afecto mutuo. La expresión “amor fraternal” es una traducción de la palabra griega *filadelfia*, la forma nominal del verbo *phileo*.

“Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también amarnos unos a otros.”
— 1 Juan 4:11

**Escritura
Seleccionadas:**
1 Juan 4:7-19

La expresión “amor fraternal” es una traducción de la palabra griega *filadelfia*, la forma nominal del verbo *phileo*.

Las palabras *agape* y *agapao* son formas nominales y verbales de un tipo de amor diferente. *Agape* es un amor sacrificado y desinteresado, sin tener en cuenta si es merecido o no, e independientemente de la mutua simpatía. Es un amor parecido al de Dios. El apóstol Juan usa estas palabras frecuentemente. En sus tres epístolas la palabra amor aparece treinta y ocho veces, y todas traducidas de *agape* o *agapao*.

En los versículos de nuestra lección Juan usa estas palabras para describir el amor de Dios. “El amor es de Dios;... Dios es amor.” (1 Juan 4:7-8) Al describir cómo ha ejercido Dios su amor a través de Jesús, Juan continúa: “En esto se mostró el amor de Dios para con

nosotros, en que envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él... Envío a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.” (vv. 9-10, *Nueva Versión Internacional*) En el Evangelio de Juan, similarmente se refiere a esta gran manifestación del amor de Dios: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” —Juan 3:16

El verdadero cristiano desea desarrollar un amor desinteresado y sacrificador. Tal amor va más allá de un mero sentimiento benévolo, o afecto mutuo, ejercido hacia otro. Por el contrario, es un amor que impele a sacrificar el interés personal, el placer, la comodidad, el tiempo, la fuerza y todo lo que uno tiene para bendición de los demás. Este tipo de amor “de unos a otros”, como se cita en el versículo clave, requiere mucho examen de conciencia, introspección y desarrollo a lo largo del tiempo.

“Si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros, y entre nosotros su amor se ha manifestado plenamente... El que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.” (1 Juan 4:12 y 16, *NVI*) Dios acepta nuestro amor por los demás como manifestación de nuestro amor por Él. Así debemos preguntarnos: ¿Tenemos interés y preocupación genuinos por el más alto bienestar espiritual de nuestros hermanos? Cuando aprendemos de sus experiencias difíciles, ¿tenemos simpatía y compasión? ¿Oramos por ellos pidiendo la gracia, la fuerza y que se haga la voluntad de nuestro Padre Celestial en todos los aspectos? ¿Nos tomamos un tiempo para alentar a nuestros hermanos compartiendo las promesas de las

Escrituras en una nota, por correo electrónico o simplemente por una llamada de teléfono?

Otra prueba de si estamos desarrollando el amor *ágape* es nuestro ejercicio hacia toda la humanidad y tener amor incluso por nuestros enemigos (Mat. 5:44-45) El amor desinteresado provocará que les tengamos simpatía y les mostremos misericordia. Si nuestros enemigos, en algún momento del futuro, son iluminados por la verdad de la Palabra de Dios y por su gracia manifiestan el deseo de reparar sus malas acciones, nos regocijaremos si realmente tenemos un amor desinteresado por ellos.

Busquemos desarrollar este tipo de amor recordando que Dios es su fuente. Si a veces no somos capaces de manifestar amor hacia nuestros hermanos, a la humanidad o, incluso, hacia nuestros enemigos, no debemos desanimarnos. En lugar de ello, deberíamos buscar el trono de gracia del perdón de Dios y pedir una mayor medida de su espíritu de amor *agape*. —2 Tim. 1:7

Misericordia y gracia de Dios

Versículo clave: “*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).*”
— *Efesios 2:4-5*

Escrituras Seleccionadas:
Efesios 2:1-10

PABLO COMIENZA su carta a los hermanos de Éfeso diciendo: “A los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso.” (Ef. 1:1) En el capítulo dos les recuerda que debido a la desobediencia de Adán la humanidad entera es considerada como “muerta en sus delitos y pecados... hijos de desobediencia.” (vv.1 y 2) Esto incluye a los

seguidores de Jesús. En otra epístola, Pablo explica por qué es esto así: “El pecado entró en el mundo por un hombre [Adán], y por el pecado la muerte.” (Rom. 5:12) Como resultado, desde la desobediencia de Adán, Satanás ha sido el “príncipe de este mundo” y el “príncipe de los poderes del aire.” —Juan 12:31; Ef. 2:2

El gran amor y la misericordia de Dios, sin embargo, proveyeron a su Hijo unigénito, Jesús, como rescate, o precio correspondiente, para redimir a Adán y a toda la raza humana. “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre [Adán], también por un hombre [el hombre perfecto Jesús] la resurrección de los muertos.” (1 Cor. 15:21) Las Escrituras explican además que por la gracia de Dios, Jesús “fue hecho un poco menor que los

ángeles... a causa del padecimiento de la muerte... para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.” —Heb. 2:9

Las Escrituras diferencian entre las esperanzas y las promesas de los creyentes consagrados, las de la Iglesia y las del resto de la humanidad. Aquellos que tienen “oídos para oír” durante la presente Edad Evangélica están siendo tratados por Dios ahora, mientras que la esperanza del mundo está en el futuro reino terrenal. (Mat. 6:10) En la actualidad, a aquellos que han oído, respondido y se han apoderado de la gracia de Dios, en Cristo, se les denomina individualmente “nueva criatura”. —2 Cor. 5:17; Gal. 6:15

En los versículos claves de nuestra lección Pablo explica la misericordia y gracia de Dios hacia estas nuevas criaturas. Afirma que la misericordia de Dios es tan rica y su gracia tan abundante que nos “amó” aun cuando estábamos “muertos en pecados” y proveyó los medios para nuestra salvación por medio de Cristo. El amor del Padre Celestial hacia estas nuevas criaturas incluye la esperanza y el privilegio adicional de convertirse en “coherederos con Cristo, si es que padecemos con él.” —Rom. 8:17

Pablo también habla del compañerismo y de la comunión que tienen estas nuevas criaturas con el Padre Celestial y con nuestro Señor Jesús en esta vida presente, diciendo que Dios “juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.” (Ef. 2:6) Estas bendiciones nos han llegado, continúa Pablo, no por nuestra propia dignidad: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto

no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.” —vv. 8 y 9

Si hemos hecho una consagración plena y aceptable a Dios, como nuevas criaturas, se nos cuenta como habiendo sido levantados del estado de pecado y de la muerte a los “lugares celestiales”, una nueva condición de vida en Cristo. Que todos los que estén resucitados con Cristo busquen “las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.” —Col. 3:1 y 2

Permanecer en el amor de Dios

Versículo clave: “Éste es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado.”

— Juan 15:12

Escrituras Seleccionadas:

Juan 15:1-17

UNA DE LAS últimas lecciones que dio Jesús a sus discípulos antes de morir fue la de la vid y los sarmientos, registrada en Juan 15:1-8. En esta parábola, Jesús comienza diciendo: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.” (v. 1) Como era su costumbre Jesús aquí honraba y glorificaba a su Padre Celestial, enfatizando que Dios estaba por encima y era mayor que él. La expresión “vid verdadera” implica que también hay una vid falsa. Esto se describe en la Biblia como algo que Dios “no ha plantado”, la “vid de la tierra”, un sistema falso y terrenal. —Mat. 15:13; Apoc. 14:19

Continuando la parábola Jesús dijo: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré para que lleve más fruto.” (Juan 15:2) “Los pámpanos” de la parábola se refieren a los seguidores individuales de Cristo. “Todo pámpano en mí” indica que cada uno de nosotros tiene una relación individual con Jesús y el Padre Celestial. La frase “lo limpiaré” se refiere a la poda de Dios, realizada a través de nuestras experiencias. Los métodos de poda de Dios deben entenderse como para nuestro beneficio espiritual, de lo contrario podemos desanimarnos. Nuestra poda puede implicar retirar la riqueza terrenal o

los planes acariciados, permitir la persecución o la enfermedad, o la pérdida de la reputación y de las amistades terrenales.

Tal poda debe ser un estímulo para nosotros, porque muestra el amor de Dios y que se ocupa de nuestros más altos intereses espirituales. Como escribió el apóstol Pablo: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.” (Heb 12:11) ¡Qué consuelo saber que Dios es el que hace la “poda” en nuestras vidas como sarmientos de la vid verdadera!

Jesús dijo que el propósito de nuestra poda es “llevar más fruto”. El “fruto” no es construir grandes e impresionantes edificios religiosos; de lo contrario Jesús y los apóstoles no habrían dado fruto. Asimismo esos frutos no son nuestras actividades al servicio de la verdad, ni el tiempo, el esfuerzo o las riquezas utilizados en ellas. Nuestras actividades al servicio de la verdad y de los hermanos sólo son aceptables a Dios en la proporción en que son el resultado del fruto ya desarrollado en nuestro carácter. Estos frutos del Espíritu Santo son, dice Pablo: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.” — Gal 5:22-23

En nuestro versículo clave, que sigue a la parábola de la vid y de los sarmientos, Jesús dice que debemos amarnos unos a otros como él nos ha amado. Tal amor es puro, abnegado y desinteresado, y es uno de los elementos clave del carácter del fruto que debemos alcanzar. Y se nos proporcionan experiencias para desarrollar este amor a lo largo de varias líneas que

incluyen confortar a los hermanos que puedan estar “en cualquier problema” y alentarnos unos a otros “al amor y a las buenas obras.” (2 Cor. 1:4; Heb. 10:24) También demostramos este amor al evitar en nuestras palabras y acciones cualquier cosa que pueda hacer tropezar, ofender o debilitar espiritualmente a nuestros hermanos (Rom. 14:21) y ser “benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros.” (Ef. 4:32; Col. 3:13) Cultivemos este fruto de amor para que penetre en nuestras palabras y acciones cada día—hacia nuestros hermanos, el mundo de la humanidad, incluso nuestros enemigos—y así permanecer en el amor de Dios.

El Amor de Dios Restaura

Versículo clave: *“Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo.”*
— Joel 2:13

Escrituras Seleccionadas:
Joel 2:12-13; 18-19 y 28-32

EL CONTEXTO de la lección de esta semana se encuentra a partir de Joel 2:1, que dice: “Tiembren todos los moradores de la tierra, porque viene el día de Jehová.” El término “día de Jehová” es un periodo que se describe en la Biblia como “tiempo de angustia”, “gran tribulación” y “día de venganza” que cierra la actual Edad Evangélica (Dan 12:1; Mat. 24:21 y Jer. 46:10). En la profecía de Joel, este periodo se describe como “día de tinieblas y de oscuridad... Él consumirá fuego... ni tampoco habrá quien de él escape.” (Joel 2:2-3) El “fuego” aquí mencionado es simbólico y se refiere a la destrucción. En el versículo 10 se nos dice que la tierra, que simboliza a las instituciones presentes hechas por el hombre, “temblará” y los cielos, que denotan los sistemas religiosos falsos, “estremecerán”.

En el versículo 11, el profeta habla de un “ejército” ante el cual “Jehová dará su orden”. La sabiduría de Dios permitirá que las esperanzas, los temores, las locuras y el egoísmo de este gran “ejército” de la humanidad descontenta cumpla su propósito magnífico de derrocar las instituciones actuales—

sociales, religiosas, políticas y económicas. Estas experiencias prepararán a la humanidad para el reino de justicia y paz de Dios que se establecerá después en la tierra.

Esto marcará un punto de inflexión en los arreglos de Dios para el hombre. El versículo 12 explica el “hecho rescatable” para los problemas descritos anteriormente: “Por eso, pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí con todo vuestro corazón.” Uno de los principales propósitos de Dios al permitir este período de angustia, oscuridad y desolación es permitir a la humanidad volver, o regresar, a su sabio, poderoso, misericordioso y amoroso Creador como solución para todos sus problemas. Nuestro versículo clave de la *Nueva Traducción Viviente* afirma: “No se desgarran la ropa en su dolor sino desgarran sus corazones. Regresen al Señor su Dios, porque él es misericordioso y compasivo, lento para enojarse y lleno de amor inagotable. Está deseoso de desistir y no de castigar.”

Más adelante en esta profecía Joel dice: “No temas, alégrate y gózate; porque Jehová hará grandes cosas... Comeréis hasta saciaros, y alabaráis el nombre de Jehová vuestro Dios, el cual hizo maravillas con... Yo soy Jehová vuestro Dios, y hay otro; y mi pueblo nunca jamás será avergonzado.” —vv 21 y 26-27

“Y después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne.” (v. 28) Esta es una de las muchas pruebas bíblicas de que el Espíritu Santo no es un ente separado. No es posible “derramar” un ser espiritual. Más bien, el Espíritu Santo es el poder y la influencia de Dios. En el día de Pentecostés, cuando se derramó el Espíritu Santo sobre los apóstoles y otros consagrados reunidos en

Jerusalén, Pedro dijo: “Esto es lo dicho por el profeta Joel.” (Hechos 2:16) Siguiendo el discurso de Pedro, también se derramó el Espíritu Santo de Dios sobre alrededor “de tres mil” cuyos corazones fueron tocados por el mensaje del Evangelio. (v. 41) Este derramamiento del Espíritu fue sólo sobre los seguidores del Señor, no sobre toda la humanidad. Sin embargo, en el reino de Dios que pronto vendrá sobre la tierra, su Espíritu será derramado “sobre toda carne” y “todas las familias de la tierra serán benditas”, de acuerdo con la inmutable promesa de Dios. —Gen 12:3; 22:18; 26:4; 28:14; Hechos 3:25; Heb. 6:13-18

“ORDEN Y DISCIPLINA EN LA NUEVA CREACION”

Parte XXI

Carácter general de las reuniones

Esto nos lleva a una consideración del pueblo del Señor. Primeramente, observamos que sobre este asunto, como con otros, el pueblo del Señor es dejado sin leyes y regulaciones férreas, dejado en libertad para adaptarse a las condiciones cambiantes del tiempo y del país, dejados en libertad en el ejercicio del espíritu de una mente sana, dejados en libertad para buscar la sabiduría que llegó del cielo, y para manifestar el grado de su realización de la semejanza de carácter con el Señor bajo la disciplina de la Ley del Amor. Esa Ley del Amor sin duda pedirá modestia con respecto a todas las innovaciones en las costumbres de la Iglesia primitiva; sin duda titubeará para hacer cambios radicales con excepción de aquellos en los que se perciba su necesidad, y aun así buscará mantenerse dentro del espíritu de cada advertencia e instrucción, y práctica de la Iglesia primitiva.

En la Iglesia primitiva tenemos el ejemplo de los apóstoles como maestros especiales. Tenemos el ejemplo de los ancianos, haciendo el trabajo pastoral, el trabajo de llevar las buenas nuevas, profetizando o hablando en público; y de una ilustración, dada con

particularidad en 1 Corintios 14, podemos juzgar que cada miembro de la Iglesia era alentado por los apóstoles a despertar cualquier talento y don que éste podría tener, para glorificar al Señor y servir a los hermanos, para que ejercitase así y se fortalezca en el Señor y en la verdad, ayudando a otros y siendo ayudado a su vez por otros. Esta explicación de una reunión normal de la Iglesia en los tiempos del Apóstol no podría ser imitada de manera completa y en detalle hoy en día, a causa de los peculiares “dones del Espíritu” temporalmente conferidos a la antigua Iglesia para el convencimiento de los que estaban fuera de ella, así como también para el aliento personal en un tiempo en el que, sin estos dones, hubiera sido imposible para cualquiera del grupo ser edificado o beneficiado. No obstante, podemos sacar ciertas lecciones valiosas y útiles de esta costumbre antigua, aprobada por el Apóstol, que pueden ser adjudicadas así mismas por las pequeñas compañías del pueblo del Señor en cualquier lugar de acuerdo a las circunstancias.

La lección principal es la de utilidad mutua, “edificándose los unos a los otros en la santísima fe”. No era la costumbre para uno o aun muchos de los ancianos predicar regularmente, ni hacer o intentar hacer toda la edificación. Cada miembro tenía la costumbre de hacer su parte, siendo las partes de los ancianos más importantes de acuerdo a sus habilidades y dones; y podemos ver que esto sería una disposición muy útil y que llevaría una bendición no solamente a aquellos que la escuchan sino también a todos los que participen. Y quienes no saben que aun el orador más pobre o la persona más ignorante puede, si su corazón está lleno de

amor por el Señor y devoción hacia él, comunicar pensamientos que seránpreciados por todos los que los puedan escuchar. La clase de reuniones aquí descritas por el Apóstol evidentemente era una muestra de la mayoría de reuniones celebradas por la Iglesia. La explicación muestra que era una reunión mixta, en la que, adaptando la explicación a los tiempos actuales, uno podría exhortar, otro podría exponer, otro podría ofrecer una oración, otro proponer un himno, otro leer un poema que le parece que encaja con sus sentimientos y experiencias, en armonía con el tema de la reunión; otro podría citar algunas escrituras que tienen que ver con el tema en discusión, y así el Señor podría usar cada uno y todos los miembros de la Iglesia en edificación mutua.

Nuestro pensamiento no es que la predicación nunca estuvo presente en la antigua Iglesia. Por el contrario, encontramos que adonde iban los apóstoles eran considerados expositores especialmente capacitados de la Palabra de Dios, quienes estarían presentes por poco tiempo y durante el periodo de su presencia, es probable que ellos hicieran casi todos los discursos en público aunque no dudamos también que se celebraban otras reuniones sociales¹ abiertas a todos. Esta misma práctica con respecto a la predicación apostólica sin duda era seguida por otros que no eran apóstoles; como por ejemplo, Bernabé, Timoteo, Apolos, Tito, etc., y las mismas libertades eran disfrutadas también por algunos que las usaron mal y ejercieron bastante influencia a favor del mal: Himeneo y Fileto y otros.

¹ “Social Meetings”: reuniones como aquellas de “alabanzas” y de “testimonios” donde cada uno puede más o menos participar. —*Trad.*

Donde el Señor no haya establecido ninguna ley positiva sería inapropiado para nosotros o para otros fijar una ley. Sin embargo, ofrecemos algunas sugerencias, a saber, que hay ciertas necesidades espirituales de la Iglesia que requieren ser dedicadas a:

(1) La *instrucción*, es necesaria en las materias más puramente proféticas y también en las doctrinas morales y con respecto al desarrollo de las gracias cristianas.

(2) A causa de los métodos más o menos diferentes en el uso del lenguaje, y a causa de la mayor o menor agudeza mental y los variados grados de percepción espiritual, como la que hay entre aquellos que son bebés en Cristo y aquellos que son más maduros en conocimiento y en gracia, es aconsejable que se den las oportunidades en las que cada uno sea alentado a expresar su comprensión de las cosas que ha aprendido, ya sea leyendo o escuchando, con el propósito de que si su comprensión de estas cosas fuera defectuosa, pueda ser corregida mediante declaraciones de otros sobre la materia.

(3) Deberían haber reuniones regulares frecuentes en las que razonablemente se den todas las oportunidades para que cualquiera presente lo que podría creer que es una visión de la verdad, distinta quizás de lo que generalmente se mantiene y es aprobado por la *Ecclesia*.

(4) No deberían haber solamente servicios de devoción relacionados con todas las reuniones del pueblo del Señor, pero la experiencia muestra lo provechoso que son *cada uno de estos*, al escuchar a sus hermanos, *confesando con sus propios labios*, en testimonio o en oración, su devoción al Señor.

La doctrina que aún es necesaria

Con respecto a la primera proposición: vivimos en una época en la que las doctrinas en general están siendo despreciadas, y en la que una buena mayoría reclama que la doctrina y la fe no tienen valor en comparación con la moral y las acciones. No podemos estar de acuerdo con esto porque está completamente en desacuerdo con la Palabra divina, en la que la fe es colocada en primer lugar y las acciones en segundo lugar. Nuestra fe es lo que el Señor acepta, y según nuestra fe él nos premiará, aunque él esperaría que una buena fe suscite tantas buenas acciones como lo permitan las debilidades del individuo. Esta es la regla de fe establecida en las Escrituras. “Pero sin fe es imposible agradar a Dios.” “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” (Hebreos 11:6, 1 Juan 5:4). Por ello, ningún hombre puede de manera alguna ser un vencedor, a menos que ejerza la fe en Dios y en sus promesas; y para ejercer la fe en las promesas de Dios debe comprenderlas; y esta oportunidad y habilidad para fortalecerse en fe estará en proporción a su comprensión del Plan Divino de todas las edades, y las grandiosas y preciadas promesas relacionadas con ello. De aquí que la doctrina, la instrucción, es importante, no simplemente para el conocimiento que el pueblo de Dios debe tener y disfrutar por encima del conocimiento del mundo en cosas que corresponden a Dios, sino especialmente a causa de la influencia que este conocimiento ejercerá sobre todas las esperanzas, objetivos y conductas. “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo” (1 Juan 3:3) es

una expresión de las Escrituras que coincide completamente con las declaraciones anteriores. Quien se esfuerce por purificarse para limpiar su conducta, debe, para tener éxito, empezar como empiezan las Escrituras, con el corazón, y debe progresar usando las promesas inspiradas para una limpieza. Y esto significa un conocimiento de las doctrinas de Cristo.

Sin embargo, es apropiado que distingamos y diferenciamos claramente entre las doctrinas de Cristo y las doctrinas de los hombres. Las doctrinas de Cristo son aquellas que fueron establecidas por él mismo y por los apóstoles inspirados en el Nuevo Testamento. Las doctrinas de los hombres están representadas en los credos de los hombres, muchas de las cuales están groseramente y seriamente en discrepancia con las doctrinas del Señor y todas ellas en desacuerdo entre sí mismas. Más aun, no es suficiente que adoctrinemos una sola vez; porque como da a entender el Apóstol, recibimos los tesoros de la gracia de Dios en pobres recipientes materiales que están muy agujereados, y de ahí que si cesamos de recibirlos dejaremos de tenerlos, por cuya causa es necesario que los tengamos “línea sobre línea, precepto sobre precepto”, y que continuamente renovemos y revisemos nuestro estudio del Plan Divino de las edades, usando la ayuda y asistencia divina que la providencia suministra, buscando en lo posible obedecer el mandamiento del Apóstol de “no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra”, y así “hacedores de la palabra.” (Santiago 1:22-25).

Nuestra segunda proposición es aquella que no puede ser inmediatamente tan apreciada de manera

completa como la primera. Hay la tendencia de muchos a pensar que aquellos que pueden expresar la verdad de manera más clara, más fluidamente, de manera más precisa, deberían ser los únicos que la expresen y que los demás deberían callarse, escuchar y aprender. Este pensamiento es correcto en muchos aspectos. No sugerimos que cualquiera sea puesto a enseñar o sea buscado como maestro, o sus palabras recibidas como instrucción, siendo incapaz de dar instrucción y no percibiendo claramente el Plan Divino. Pero hay una gran diferencia entre poner a aquel a enseñar, como en el caso de los ancianos, y tener una reunión en la que todos los miembros de la Nueva Creación tengan una oportunidad de *expresarse brevemente o de hacer preguntas*, entendiendo que sus preguntas, dudas o expresiones no sean consideradas por la Iglesia como los sentimientos de la compañía. En tales reuniones, las ideas equivocadas posiblemente pueden ser presentadas en la forma de preguntas, no con la intención de enseñar estas opiniones ni con el propósito de imponerlas, sino con la visión de hacer una crítica sobre éstas. Pero tengan cuidado de no violar la conciencia mediante cualquier intento de defender el error. Tal procedimiento debe ser aprobado solamente en presencia de alguien que esté avanzado en la Verdad y que sea capaz de dar una razón bíblica para su fe, y para mostrar de manera más perfecta el camino del Señor. Se preguntan, ¿qué ventaja se puede sacar de tal acción? Contestamos que frecuentemente hemos visto demostraciones de estas ventajas. A menudo es difícil exponer alguna materia en la forma más simple y más directa, y es igualmente imposible para todas las mentes, aunque sean honestas,

captar una idea con el mismo grado de claridad que la misma ilustración. De ahí el valor de las preguntas y de una variedad de presentaciones de la misma verdad, como se ilustra en las parábolas de nuestro Señor que presentan ideas desde varios puntos de vista, ofreciendo una visión más completa y armoniosa de la totalidad. Así también, hemos notado que las explicaciones disparatadas y algo torpes de alguna verdad pueden en ciertos momentos tener el efecto de ingresar en algunas mentes en las que haya fallado una declaración más sólida y más lógica (en algunos aspectos, la poca madurez del orador trae consigo un pobre razonamiento y juicio del oyente). Debemos regocijarnos si el Evangelio es predicado y encuentra acogida en los hambrientos corazones, sea cual sea el canal, como lo explica el Apóstol: “algunos a la verdad; predicán a Cristo por envidia y contienda”. Nosotros solamente podemos regocijarnos si algunos son llevados hacia un conocimiento apropiado del Señor, aunque podamos lamentar grandemente los motivos impropios de la presentación, o como en el otro caso, la imperfección de la presentación. Es al Señor, a la Verdad y a los hermanos a quienes nosotros amamos y deseamos servir, y por ello debemos regocijarnos de cualquier cosa que conduzca a los resultados deseados y deberíamos hacer nuestros propios planes de modo que no interfieran con esto, que reconocemos como un hecho. Esto no significa que el incompetente y el falto de lógica deba ser *colocado* para enseñar en la Iglesia, ni que debamos imaginar que las presentaciones ilógicas serían las más exitosas en general. Muy por el contrario. Sin embargo, no debemos *ignorar completamente* que lo que vemos es

a veces un canal de bendición para algunas mentes y que tiene el respaldo de la enseñanza de la Iglesia primitiva.

En apoyo de nuestra tercera proposición: No importa cuán seguros estemos de que tenemos la verdad, ciertamente sería poco prudente para nosotros que cerremos y aseguremos la puerta de la interrogación y de las expresiones contrarias como para excluir completamente todo lo que pueda ser considerado como un error por el líder de la reunión o por toda la congregación. Una sola limitación debería prevalecer como una exclusión total, a saber, que las reuniones de las Nuevas Criaturas no sean para considerar las materias seculares, las ciencias mundanas y las filosofías, sino exclusivamente para el estudio de la revelación divina, y en el estudio de la revelación divina la congregación debería en primer y en último lugar siempre reconocer la diferencia entre los principios fundamentales de las doctrinas de Cristo (que ningún miembro puede cambiar o alterar, ni consentir que hayan sido cuestionadas) y la discusión de las doctrinas avanzadas, que deben estar en completo acuerdo con los principios fundamentales. En todo momento debería haber la oportunidad completa y libre de escuchar estas doctrinas, y debería haber reuniones en las que éstas puedan ser escuchadas. Sin embargo, esto no significa que éstas deban ser escuchadas una y otra vez, y que a algún individuo se le deba permitir confundir y distraer cada reunión y cada tema con algún asunto en particular. Dejemos que su tema tenga una buena audiencia y una buena discusión en el momento apropiado, con la presencia de alguien que sea bien versado en la Verdad, y si está prohibida por la congregación como no bíblica,

y el promotor de esa idea no estuviera convencido de eso, por lo menos abstengámosle de importunar el tema mediante notificación de la Iglesia por un largo tiempo, quizás un año, cuando pueda sin falta de propiedad solicitar otra audiencia, que podría o no serle otorgada al tiempo que la congregación debería pensar el asunto como digno o no de audiencia y de investigación.

Lo que nosotros exhortamos es que, a menos que haya algún tipo de apertura, se pueden encontrar dos peligros: Primero, el peligro de caer en la condición que vemos que prevalece ahora en las iglesias nominales de la Cristiandad, en la cual es imposible encontrar acceso a ser escuchado en sus reuniones eclesiásticas regulares, siendo cuidadosamente vigilada cada vía de aproximación. El otro peligro es que, teniendo el individuo una teoría que apela a su juicio como verdad, sin importar cuán falsa e irracional pueda ser, nunca se sentiría satisfecho a menos que tenga una audiencia, sino estaría continuamente trayendo el tema a colación, mientras que después de haber sido escuchado de manera razonable, aun si no está convencido del error de su argumento, sería neutralizado respecto de lo impropio del tema a aquellos que ya han escuchado y rechazado su razonamiento falaz.

Nuestra cuarta proposición: El crecimiento en conocimiento es muy propenso a quitarle valor a la devoción, tan extraño como pueda parecer. Encontramos que nuestras capacidades son tan pequeñas y nuestro tiempo para los asuntos espirituales tan limitado, que si la atención estuviera dirigida en un canal habría la tendencia a eclipsar en otras direcciones. El cristiano no debe ser todo cabeza y nada de corazón, ni todo corazón

y nada de cabeza. El “espíritu de una mente sana” nos dirige a cultivar todas las gracias y frutos que van a llenar y completar un carácter perfecto. La tendencia en nuestros días, en todas las materias, va en la dirección opuesta: la especialización. Un trabajador hace esta parte, otro trabajador esa parte; de modo que muy pocos trabajadores ahora comprenden un oficio de manera completa como en las épocas pasadas. La Nueva Criatura debe resistir esta tendencia, y en consecuencia, debe “tender caminos rectos para sus pies”; no vaya a ser que mientras cultiva un elemento de gracia caiga en peligro mediante la pérdida del ejercicio adecuado de otra facultad o privilegio dado por Dios.

Las cualidades de devoción se encuentran en toda la humanidad en mayor o menor grado de desarrollo. Estas cualidades mentales son llamadas veneración y espiritualidad, y éstas llaman en su ayuda a los órganos de la conciencia, la esperanza, la armonía, etc. Si éstos fueran desatendidos, el resultado sería que el interés y el amor por la Verdad se degeneraría, así que en lugar de que nuestros corazones sean conducidos al Señor con mayor apreciación de su amor y con mayor deseo de complacerle, honrarle y servirle, encontraríamos que los órganos inferiores se unen más a la controversia, ocupando los lugares de aquellos superiores, y las investigaciones se tornarían más hacia la luz de las filosofías mentales, en las que ingresarían la combatividad y la destructividad, la ambición, los conflictos y la vanagloria. Por ello, la Nueva Creación necesita no sólo unir los servicios de devoción, la oración y las alabanzas, como parte de cada reunión, sino que creemos que necesita además una reunión

especial del tipo de devoción una vez a la semana, conjuntamente con lo que deberían ser las oportunidades para dar testimonio respecto de las experiencias cristianas, no bajo la usual costumbre de regresar de uno a veinte años atrás, o más, para contar sobre una primera conversión, etc., sino un testimonio actualizado que se refiera específicamente a la condición del corazón en ese momento e interviniendo durante la semana, desde la última reunión. Tales testimonios actualizados demuestran ser útiles para aquellos que los escuchan, alentándolos a veces mediante la repetición de experiencias favorables, y a veces consolándolos mediante la narración de penurias, dificultades, perplejidades, etc., porque así ellos disciernen que no están solos al tener experiencias duras y a veces fracasos.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de mayo - junio de 2017)

